

contrado un medio de comunicacion? ¿por qué no se valen de la escritura y de la palabra? Delante de sí tienen á la sociedad humana; son las víctimas de ella, sufren la mas terrible opresion, y no aciertan á discurrir nada para emanciparse. Comparadlos con esos negros, á quienes la crueldad maltrata y humilla: tambien el pobre esclavo sufre y se halla frecuentemente asemejado á los animales que le rodean; su entendimiento está sumido en la ignorancia; su voluntad se halla embrutecida; en su figura y ademan se pintan la degradacion en que vive; pero guardaos de confundirle con el bruto: que brilla en sus ojos la centella de la inteligencia y arde en su corazon la llama del orgullo; sabe meditar sobre su suerte; sabe compararse con sus compañeros de infortunio; sabe levantarse en un dia señalado, y degollar á sus amos y proclamar independecia y libertad; si la suerte le es adversa sabe poner fin á sus dias apelando al suicidio. Esto hace el hombre en su infima escala; nada de esto hace el bruto. Siglos hace que el caballo soporta el freno; y el mulo, y el asno, y el camello llevan tranquilamente su carga, y que los ganados se ven conducidos al matadero para alimento del hombre; y no han pensado nunca en sublevarse; no han concebido jamas los terribles proyectos de que vemos ejemplos espantosos entre los esclavos antiguos y modernos.

98. Inútil seria esforzar mas los argumentos que prueban la superioridad del hombre, la diferencia esencial que le separa de los brutos; la oscuridad que pueda haber en las cuestiones sobre el alma de los irracionales á nada conduce cuando se trate de igualarla ni compararla con nuestro espíritu inteligente, libre, conocedor de sí propio y del universo, que se eleva hasta la causa primera, y se lanza fuera del tiempo por las regiones de la eternidad. Dificultades se hallan en el mundo vegetal; ¿y será justo por eso el confundir nuestro principio de vida con el que anima las plantas? Dificultades hay en explicar muchos fenómenos mecánicos y químicos, ¿y será razonable el confundir el orden intelectual y moral con el mecánico y químico? Las dudas sobre un punto no autorizan á rechazar la verdad que en otros resplandece: el telescopio del astrónomo no alcanza á disipar las sombras de los abismos del espacio; mas por esto no le ocurre la estraña idea del desechar los fenómenos que está viendo con sus ojos en el sistema de los cielos.



TEODICEA.

CAPITULO I.

Nociones preliminares.

1. Llamo *teodicea* á la ciencia que trata de Dios en cuanto puede ser conocido por la razon natural.

2. La filosofia no es un vano entretenimiento, es una ciencia grave; y no lo fuera si no nos condujese á un resultado. En estos el mas importante es el del conocimiento de Dios. Antes de pasar adelante echemos una ojeada sobre lo que hemos recogido en los estudios que preceden. Para levantar un edificio sólido, asegurémonos de la firmeza del suelo en que echamos los cimientos.

3. Las investigaciones de la estética, ideología y psicología nos han conducido á los siguientes resultados:

1.º

El sugeto de nuestros fenómenos internos es una sustancia simple, sensitiva, inteligente y libre.

2.º

Hay fuera de nosotros un mundo corpóreo, ó sea un conjunto de sustancias estensas, sujetas á leyes constantes que las conservan en orden y armonía en medio de sus continuas variaciones.

3.º

Una parte de materia organizada está unida á nuestra alma formando lo que llamamos nuestro cuerpo. Este se halla sometido á las leyes del mundo corpóreo, y ademas ligado con nuestro espíritu, sobre el cual influye y de quien á su vez recibe influencia.

4.º

Nuestras ideas tienen un valor subjetivo y objetivo; es decir, que no solo valen para los hechos que están en la misma alma, sino que tambien nos pueden conducir legítimamente, y en efecto nos conducen al conocimiento de lo que hay fuera de nosotros.

5.º

Aunque nuestras ideas se esciten por medio de las sensaciones, se distinguen esencialmente de ellas, y tienen un valor legítimo fuera del orden sensible.

6.º

La base de nuestras relaciones sensibles con el mundo corpóreo, es la idea de la estension.

7.º

La idea fundamental de nuestro espíritu es la de *ser*. Esta, combinada con la de *no ser*, engendra el principio de contradicción: cimiento indispensable para todo conocimiento, condición inseparable de todo cuanto hay y puede haber, así en el orden ideal como en el real.

8.º

La estension, la sensibilidad activa, la inteligencia y la voluntad, son para nosotros objeto de intuición.

9.º

Todos los espíritus humanos tienen una ley común, llamada razón: esta se forma de un conjunto de instintos intelectuales irresistibles y de verdades evidentes.

10.

Tenemos idea de sustancia: la razón, en el orden puramente ideal, nos enseña la posibilidad de que haya muchas sustancias; y combinada con la experiencia interna y externa, nos atestigua que en efecto las hay.

11.

Tenemos idea de la contingencia y de la necesidad. La experiencia nos enseña que hay seres contingentes; y la razón demuestra que ha de haber algo necesario.

12.

La razón, en el orden puramente ideal, nos da las ideas de causa y efecto: y combinada con la experiencia interna y externa, nos cerciora de que estas ideas se hallan realizadas.

13.

Tenemos también idea de lo infinito, y esta no es negativa sino positiva.

CAPITULO II.

Ecsistencia y origen del ateísmo.

4. Ahora se nos presenta otra cuestión. Esta sustancia simple que siente, piensa y quiere dentro de nosotros; ese conjunto de sustancias estensas al que llamamos universo corpóreo, ¿dependen de algo que los haya producido? ¿Hay un ser autor de todas las cosas? La tristeza se apodera del corazón á la sola idea de que la ceguera y malicia de unos pocos hombres haga necesario un estudio serio y detenido para probar una verdad escrita en la tierra y en el cielo con caracteres tan claros y resplandecientes: caracteres entendidos con suma facilidad por todos los pueblos en todos tiempos y países; y que al tratarse de Dios la filosofía haya de ser otra cosa que un cántico de amor y alabanza al Supremo Hacedor, semejante al que entonan de continuo la tierra y el firmamento. Sin embargo, ello es cierto que hay hombres que niegan la ecsistencia de Dios; ya que no en su entendimiento, al menos en su boca y corazón; y así la filosofía no puede prescindir del imperioso deber de confun-

dir con sus irresistibles demostraciones á los que, teniendo su frente hundida en el polvo, la levantan de vez en cuando contra el cielo, y claman: “¡No hay Dios!”

5. El mismo Rousseau ha dicho: “Tened vuestra alma en tal estado que pueda siempre desear, que haya Dios, y no dudareis jamás de esta verdad.” Este pensamiento es copia de ese otro de San Agustín: “Nadie niega la ecsistencia de Dios, sino aquel á quien conviene que no le haya. *Nemo Deum negat, nisi cui expedit Deum non esse.*” “Yo quisiera, dice La Bruyère, encontrar un hombre sóbrio, moderado, casto, justo, que negase la ecsistencia de Dios y la inmortalidad del alma: éste, al menos, hablaría sin interés; pero un hombre tal no se encuentra.” (*Caractères*, cap. xvi.)

6. Consignado el origen del ateísmo, prescindiremos de si hay ó no verdaderos ateos: muchos autores opinan que es imposible que los haya: tanta es la claridad con que brilla la ecsistencia de Dios. Por más que esto sea harto difícil, preciso es no olvidar que el hombre, cuando obedece á sus pasiones, es capaz de los mayores extravíos: ¿y quién nos asegura de que Dios no permita que algunos lleguen á cegarse hasta tal punto, dejando entregado á su réprobo sentido á los insensatos que descaban negarle? Para quien maldijese la luz, y quisiese que no la hubiera, ¿podría escogitarse castigo más adecuado que privarle de la vista? ¿Puede haber castigo más formidable que el retirarse Dios del entendimiento del hombre, y dejarle caer en la horrible creencia de que Dios no ecsiste?

CAPITULO III.

Demostración de la ecsistencia de Dios, como ser necesario.

7. Ecsiste algo: cuando menos nosotros; aunque el mundo corpóreo fuese una ilusión, nuestra propia ecsistencia sería una realidad. Si ecsiste algo, es preciso que algo haya ecsistido siempre; porque si fingimos que no haya nada absolutamente, no podrá haber nunca nada: pues lo que comenzase á ser no podría salir de sí mismo ni de otro, por suponerse que no hay nada; y de la pura nada, nada puede salir. Luego hay algún ser que ha ecsistido siempre. Este ser no tiene en otro la razón de su ecsistencia; es absolutamente necesario, porque si no lo fuese sería contingente, esto es, podría haber ecsistido ó no ecsistido; así pues no habría más razón para su ecsistencia que para su no ecsistencia. Esta ecsistencia no ha podido menos de haberla, luego la no ecsistencia es imposible; luego hay un ser cuya no ecsistencia implica contradicción, y que por consiguiente tiene en su esencia la razón de su ecsistencia. Este ser necesario, no somos nosotros; pues que sabemos por experiencia que hace poco no ecsistíamos: nuestra memoria no se estiende más allá de unos cortos años; no son nuestros semejantes por la misma razón; no es tampoco el mundo corpóreo, en el cual no hallamos ningún carácter de necesidad, antes por el contrario le vemos sujeto de continuo á mudanzas de todas clases. Luego hay un ser necesario que no es ni nosotros ni el mundo corpóreo; y como estos, por lo mismo que son contingentes, han de tener en otro la razón de su ecsistencia, y esta razón no puede hallarse en otro ser contingente, pues que él á su vez la tiene en otro, resulta que así el mundo corpóreo, como el alma humana, tienen la razón de su ecsistencia en un ser

necesario distinto de ellos. Un ser necesario, causa del mundo, es Dios; luego Dios existe.

8. Demos á este argumento una nueva forma.

Si existe algo, existió siempre algo; es así que existe algo: luego existió siempre algo.

Si no siempre hubiese existido algo, se podría designar un momento en que no hubo nada; si alguna vez no hubo nada, nunca pudo haber nada; luego, si existe algo, existió siempre algo.

De la pura nada no puede salir nada: luego, si alguna vez no hubo nada no pudo haber nada.

Tenemos, pues, que existió siempre algo. Esto será necesario ó contingente: si es necesario llegamos ya á la existencia de un ser necesario. Si es contingente pudo ser y no ser; luego no tuvo en sí la razón de ser. Luego tuvo esta razón en otro; y como de este otro se puede decir lo mismo, resulta que al fin hemos de llegar á un ser que no tenga la razón de su existencia en otro, sino en sí mismo, y que por consiguiente sea necesario. Luego de todos modos, partiendo de la existencia de algo, llegamos á la existencia de un ser necesario.

9. Se dirá tal vez que una cosa contingente puede tener la razón de su existencia en otra contingente, y esta en otra, procediéndose hasta lo infinito; pero esto es imposible.

Sea la serie *A, B, C, D, E, F*, etc. que deberemos suponer prolongada *a parte ante* hasta lo infinito. La existencia de *F* ha debido ser precedida por la de *E*; la de *E*, por la de *D*; la de *D*, por la de *C*; la de *C*, por la de *B*; la de *B*, por la de *A*; y como *A* es también contingente, su existencia ha debido ser precedida por otro, y la de este por otro hasta lo infinito. Luego para que existiese *F*, han debido existir términos infinitos; luego se ha debido acabar lo infinito; lo infinito acabado ó finido es contradictorio; luego la supuesta serie infinita es de todo punto absurda.

10. Además, hay en contra de dicha serie otro argumento no menos concluyente. Si no hay más que seres contingentes, no hay ninguna razón de la existencia de la serie; ponerla infinita es aumentar la dificultad; pues que cuanto más grande sea, más de bulto se presentará la imposibilidad de su existencia, cuya razón no se halla en ninguna parte. Cada término de la serie por sí solo, no la hace necesaria; tampoco puede darle este carácter el conjunto, pues que este conjunto no existe nunca, por ser esencialmente sucesivo: luego esa totalidad necesaria de seres contingentes es contradictoria. En cada momento dado, solo existe un término; luego la totalidad no es nunca un ser real, sino concebido; ¿y quién puede fundar en un concepto irrealizable la existencia de la realidad?

11. Compárense estos absurdos con la doctrina que admite un ser necesario, autor de todas las cosas. Con esta idea todo se aclara y explica: los seres contingentes no tienen la razón de su existencia en sí propios, sino en Dios. El ser necesario y eterno, es quien les ha dado la existencia y quien se la conserva con su omnipotente voluntad. (V. *Filosofía fundamental*, lib. x, cap. 1 y 11).

CAPITULO IV.

Demostracion de la existencia de Dios como causa de la razón humana.

12. La comunidad de la razón humana suministra otra demostración de la existencia de Dios. Sea cual fuere el modo con que se desenvuelven en nosotros las ideas, es cierto que hay algunas verdades comunes á todos los hombres. Tales son las aritméticas, geométricas, metafísicas y morales. No es necesario ponerse de acuerdo para convenir en que seis y tres hacen nueve; que los diámetros de un círculo son iguales; que el triángulo no puede ser cuadrado; que no es posible que una cosa sea y no sea á un mismo tiempo; que es preferible la buena fé á la perfidia. Hay pues entre todos los hombres una comunidad de razón: algo que se presenta á todos, y del mismo modo. Ahora bien. ¿De dónde dimana esa comunidad de pensamiento? No de algun hombre en particular, porque es evidente que no hay ninguno necesario para que la verdad sea verdad: las proposiciones anteriores no dejarán de ser verdaderas, aunque nosotros dejemos de existir; luego esta comunidad de razón depende de un ser superior que nos ilumina á todos, que es el sol de las inteligencias, y que por tanto debe tener en sí propio la fuente de la luz.

13. Si se responde que todos los hombres ven ciertas verdades porque estas son conformes á la razón, encuentro en eso mismo una demostración nueva de la existencia de Dios. En efecto: ¿qué significa el ser ciertas verdades conformes á la razón? ¿Se entiende que estas verdades sean cosas existentes en sí mismas, por ejemplo que el axioma: el todo es mayor que su parte, sea una especie de idea existente en sí misma, flotante por el mundo, y que se vaya ofreciendo á todos los entendimientos? Claro es que no; y que este principio y otros semejantes son verdades puramente ideales, que solo existen en el entendimiento. Pues bien: ¿de dónde dimana la necesidad de estas verdades? ¿Acaso de nuestra razón? No; antes por el contrario, la verdad de nuestra razón depende de que se conforma á las mismas: ellas son la ley de nuestro entendimiento, y desde el momento en que las niega, se niega á sí propio, se convierte en un caos. Esta necesidad tampoco puede fundarse en las cosas: porque por ejemplo, la igualdad de los diámetros de un círculo, no depende de la existencia del círculo: aunque no hubiese ninguno, sería verdadera la proposición en que esto se afirmase. Además, nuestro entendimiento asiente á dichas verdades de una manera absoluta, sin necesidad de consultar á la experiencia: las encuentra en sus propias ideas; allí ve un mundo cuya verdad es independiente de la realidad.

14. Luego hay en la esfera puramente ideal un orden de verdades necesarias cuya verdad y necesidad no dimana de nosotros, ni de los objetos á que se refieren: es así que esta necesidad y verdad han de tener algun fundamento, si no queremos decir que toda verdad es ilusión; luego existe una verdad fundamento de todas: luego hay una verdad en donde se hallan todas. Esta ha de ser real; porque la nada no puede ser fundamento y origen de la verdad y necesidad; ha de ser subsistente en sí misma, pues que las ideas no existen por sí solas, y deben estar en algun entendimiento. Luego hay alguna inteligencia, fundamento y origen de todas las verdades; luego este mundo ideal que se nos representa, es un reflejo de la verdad infinita que se halla en la inteligencia infinita. (V. *Ideología pura*, cap. XIII).

CAPITULO V.

Demostracion de la ecsistencia de Dios como ordenador del universo.

15. La asombrosa regularidad con que esas grandes moles que llamamos astros recorren la inmensidad de los cielos, con precision matemática, y por espacio de tantos siglos, es una demostracion tan clara, tan convincente de la ecsistencia de Dios, que en todos tiempos y paises ha fijado la atencion no solo de los filósofos sino tambien de los rudos. El ateo está condenado á no poder levantar los ojos al firmamento, sin leer escrita en grandiosos caracteres la reprobacion de su doctrina.

16. Descendiendo á la tierra encontramos un nuevo órden de hechos que nos atestiguan la ecsistencia de un supremo Hacedor infinitamente sábio. ¿Qué riqueza, qué variedad, qué belleza y armonía en todas partes! Los filósofos, los oradores, los poetas de todos los siglos, han encontrado en las maravillas de la naturaleza un fondo inagotable para entonar al Autor de todas las cosas un cántico de admiracion y alabanza. ¿Quién ignora las magníficas páginas que la vista del universo inspiraba á Ciceron?

17. El cuerpo del hombre encierra tanto caudal de prevision y sabiduría, que él por sí solo bastaria para convencer de la ecsistencia de un supremo Hacedor. A medida que la anatomía y la fisiología van adelantando, se descubren nuevos prodigios en la organizacion; y siempre en unidad de fin, con sencillez de medios, y con tal delicadeza de procedimientos que asombra al observador. Sirva de ejemplo lo que he dicho del ojo (*Estética*, cap. II); no obstante que la naturaleza de la obra me ha obligado á ceñirme á brevísimas indicaciones.

18. Son innumerables los escritos en que se demuestra la ecsistencia de Dios, fundándose en las maravillas del universo; algunos sábios han tenido la feliz ocurrencia de limitarse á un solo punto; tomando respectivamente los astros, el agua, la lluvia, el trueno, la nieve, los minerales, las conchas, los insectos, los animales de todas clases; el corazon, el ojo, la mano, la palabra: manifestando con cada uno de estos objetos la profunda sabiduría que preside á las obras de la creacion.

19. Los que niegan á Dios se verán pues condenados á los absurdos siguientes: que hay un órden admirable sin ordenador; una correspondencia de los medios con los fines, sin que nadie lo haya dispuesto; un conjunto de leyes fijas, constantes, que rigen el mundo con precision matemática, sin que haya ninguna inteligencia que las haya planteado ni concebido.

CAPITULO VI.

Demostracion fundada en la creencia universal del genero humano.

20. Todos los pueblos del mundo han reconocido la ecsistencia de Dios: ¿cómo es posible que todos se hubiesen engañado? Esta creencia universal prueba que en el reconocimiento del Supremo Hacedor están de acuerdo con la voz de la naturaleza, las tradiciones primitivas del linage humano; quien ha conservado la memoria, aunque á veces desfigurada, de aquellos momentos en que el primer hombre salió de las manos del Criador, segun nos refie-

re el historiador sagrado. Aquí, la autoridad del sentido comun se halla con todos los caracteres que se han señalado para su infalibilidad: es una creencia irresistible, universal; sufre el ecsámen de la razon, y se liga con los fines naturales y morales. (V. *la Lógica*, lib. III, cap. I, sec. III.)

21. Ecsaminemos las objeciones. La creencia en Dios ¿no podria ser efecto del espanto que causaron á los hombres ciertos fenómenos de la naturaleza, como el terremoto, la tempestad, el trueno, el rayo? Este argumento es de Lucrecio: *Primus in orbe deos fecit timor, ardua celo fulmina dum caderent.*

Si solo hubiesen creído en Dios las tímidas mugeres, los niños, ó los pusilánimes é ignorantes, la dificultad seria menos fútil; pero cuando esta creencia la han tenido los hombres mas valerosos, los mas grandes naturalistas, y los filósofos mas eminentes, ¿cómo será posible atribuirle al miedo? Las preocupaciones de la infancia de los pueblos se disipan cuando la civilizacion progresa; no sucede así en lo tocante á Dios; el salvaje se prostra en medio de sus bosques para aplacar la ira del Ser Supremo; y lo mismo hacen las naciones que han llegado á la cumbre de la civilizacion, riqueza y esplendor.

22. ¿Podria esplicarse la creencia en Dios como efecto de la habilidad de los legisladores primitivos, quienes verian en esta doctrina un freno necesario para las pasiones?

Esta objecion, lejos de dañar, favorece; porque empieza por consignar un hecho importantísimo, cual es, que la creencia en Dios es el fundamento de la sociedad. ¿Qué error seria ese que fuera necesario para la conservacion del órden social? Esto, por sí solo, ¿no es una demostracion de que la ecsistencia de Dios es una verdad? Pero respondamos directamente á la objecion.

¿Quién inspiró esta idea á los legisladores? ¿por qué casualidad tan feliz coincidieron todos en tan útil ocurrencia? Una doctrina que impone deberes, que enfrena las pasiones, ¿cómo la pudieron hacer aceptable? ¿cómo es que lograron engañar no solo á los ignorantes, sino tambien á los sábios? ¿cuál es la razon de que un ardid de gobierno se convirtiese en objeto de contemplacion y altas discusiones entre todos los filósofos de todas las escuelas? Para responder á estas preguntas basta el sentido comun.

Ademas, los que sostienen tamaña paradoja están obligados á probarla; y como aquí se trata de hechos, es preciso que manifiesten dónde se hizo la feliz invencion, quién fué el astuto inventor; que señalen siquiera en confuso en qué época se concibió por la vez primera un pensamiento tan maravilloso. Esto les será imposible, porque en la cuna del mundo encontramos la idea de Dios; y parece tanto mas viva, mas fuerte, cuanto mas nos acercamos al origen de las cosas. Ahí están de comun acuerdo la historia y la fábula, la religion y la mitología; ahí están todos los monumentos en que se conservan, enteras ó desfiguradas, las tradiciones de los tiempos primitivos.

CAPITULO VII.

Demostracion sacada de las horribles consecuencias del ateismo.

23. Las consecuencias morales del ateismo son su refutacion mas elocuente. Sin Dios no hay vida futura, no hay Legislador Supremo, no hay nada que pueda dominar en la conciencia del hombre; la moral es una ilusion; la

virtud una bella mentira; el vicio un amable proscrito á quien conviene reabilitar. En tal caso, las relaciones entre marido y muger, entre padres é hijos, entre hermanos, entre amigos, son simples hechos naturales que no tienen ningun valor en el órden moral. La obligacion es una palabra sin sentido, cuando no hay quien pueda obligar: y faltando Dios no hay nada superior al hombre. Así desaparecen todos los deberes, se rompen todos los vínculos domésticos y sociales; solo deberemos atender á los impulsos de la naturaleza sensible, huyendo del dolor y buscando los placeres. ¿Quién no retrocede al ver destruida de este modo la armonía del mundo moral? ¿quién no se consuela al reflexionar que esto es únicamente una hipótesis insensata? ¿quién no siente renacer en su espíritu la luz y la esperanza, al pensar que Dios está en el origen de todas las cosas criándolo y ordenándolo todo con admirable sabiduría, promulgando las leyes del universo moral, y escribiéndolas con caracteres indelebles en la conciencia de la criatura inteligente?

CAPITULO VIII.

Ecsamen de la hipótesis del acaso.

24. Los que no admiten un Dios criador y ordenador de todas las cosas apelan á diferentes efigios que vamos á ecsaminar.

La casualidad ó el acaso es el Dios de los ateos. Habia en los espacios una infinidad de átomos que revoloteaban sin órden ni concierto: unos en una direccion, otros en otra; mas por una feliz casualidad se dispusieron las cosas de tal modo, que los átomos se unieron en diferentes masas, formando los cielos y la tierra; y estas masas, por otra casualidad no menos feliz, tomaron el movimiento que vemos y que tanto nos admira. Esa esplicacion del órden que reina en el mundo, la combatió Ciceron en el libro *De natura deorum*, observando con mucha verdad que los filósofos que admitian tan absurda hipótesis no debian tener inconveniente en reconocer la posibilidad de que, arrojando al acaso innumerables caracteres de letra, resulten escritos en tierra los anales de Ennio; y que si el fortuito concurso de los átomos pudo formar la tierra y el cielo, tampoco habria dificultad en que formase pórticos, templos, casas y ciudades, que por cierto son obras de menos entidad que la tierra con sus admirables producciones, y que el cielo con sus astros innumerables, de moles colosales y de movimientos rapidísimos ejecutados con una regularidad asombrosa.

25. Los ateos sustituyen á la realidad infinita, que es Dios, una palabra sin sentido: *el acaso*. ¿Qué es el acaso? ¿es algun ser por ventura? ¿cuál será? Será sustancia ó accidente, cuerpo ó espíritu, criado ó increado. No; el acaso es nada; decir que las cosas han sido producidas y ordenadas por el acaso, equivale á decir que han sido producidas y ordenadas por nada. Ecsaminemos á fondo el sentido de la palabra *acaso*.

Dos hombres, de los cuales el uno ignora por dónde anda el otro, se encuentran; hé aquí una casualidad. ¿Qué significa esta palabra? Nada mas que la ignorancia de ellos con respecto á su futuro encuentro. Pero este encuentro ¿tenia alguna causa? Indudablemente: la voluntad de cada uno que se dirigia al mismo punto; mas como este concurso era ignorado de los dos, le llaman casualidad. Un tirador dispara al acaso, y mata una fiera: hé

aquí otra casualidad, que se llama con este nombre porque el tirador ignoraba que se hallase la fiera en la direccion del tiro. El suceso, sin embargo, tenia sus causas; cuales eran el haber disparado el tiro en aquella direccion, y el hambre, la necesidad de descanso, ú otro motivo que hubiese impulsado á la fiera á pasar por allí.

Los sucesos casuales tienen, pues, sus causas; y si les damos el nombre de fortuitos, es porque ignoramos el concurso de las causas que los van á producir. Si pudiésemos abarcar de una ojeada el conjunto de las cosas, nada hallariamos fortuito; y así es que para Dios que lo ve todo no hay nada casual. A este propósito se suele aducir con mucha oportunidad el siguiente ejemplo. Dos hombres que suben simultáneamente á una altura por dos lados opuestos, tendrán por casual su encuentro en la cumbre; mas para quien estuviese arriba y los viese subir, el encuentro seria muy natural. De esto inferiremos que el acaso es una *idea relativa*, que solo espresa ignorancia de las causas que concurren á producir un efecto. Así, pues, cuando los ateos dicen que el mundo ha sido producido y ordenado por el acaso, no hacen mas que emplear una palabra vacía de sentido, á la cual atribuyen sin embargo una obra tan estupenda.

26. Quien sostiene que una cosa ha sucedido por pura casualidad, debe convenir en que aquello podia haber sucedido de otras maneras: si al disparar un tiro se dice que por casualidad ha dado en un blanco, se entiende que con igual razon podia dar en otros puntos. Apliquemos esta doctrina al cuerpo del hombre.

¿Por qué los ojos están en la parte superior de la cara? Por casualidad, dirá el ateo; de suerte que podian estar en cualquier otro punto del cuerpo. ¿Por qué, pues, no salen muchas veces en la barba, en el pescuezo, en el pecho, en el vientre, en las piernas, en los piés, en la espalda ó en la cima de la cabeza? Si todo es casualidad, si no hay una inteligencia que haya cuidado de ponernos los ojos en el lugar donde están: delante para que nos guiasen; en la parte superior, para que descubriésemos mejor los objetos; ¿por qué no nacen repetidas veces en otras partes del cuerpo? Siendo todo pura casualidad, resulta que el tener los ojos en el lugar conveniente, es un negocio de lotería: ¿por qué, pues, todos los hombres, excepto alguna rarísima monstruosidad, sacan la bola que necesitan, y esto en todo el mundo, y por espacio de tantos siglos?

Suponiendo que una cabeza tenga solamente sesenta pulgadas cuadradas de superficie, resulta que la probabilidad puramente casual de situarse un ojo en una de ellas es $\frac{1}{60}$, ó bien que hay la misma probabilidad que la de sacar una bola blanca, que estuviese mezclada con 59 negras. Considérese que no es un ojo solo sino dos, los que se han de colocar en el sitio correspondiente; adviértase que en el cuerpo no hay solo la cabeza, sino todos los demas miembros, donde podria igualmente situarse por casualidad el ojo; reflexiónese que la debida colocacion se efectúa continuamente en millones de individuos, y por espacio de miles de años; añádase que lo que se dice del ojo puede aplicarse al oido, al olfato, al gusto y á todos los miembros; y véase si cabe mayor absurdidad que la que tienen que devorar los que intentan esplicar el mundo por el acaso.

Este argumento deja en el espíritu una conviccion tan profunda que no es posible borrar ni debilitar. Conviene, pues, que los jóvenes se detengan en

él; es sumamente fácil encontrar ejemplos en que se haga sensible el absurdo; con esto se recrea el ánimo y el entendimiento se afirma en la verdad.

27. En el universo, no hay solo el hombre: en la tierra hay los animales, los vegetales, los minerales; en el cielo, los astros que giran con asombrosa regularidad: ¿por qué, pues, todo está en orden? ¿por qué la tierra da sus frutos bajo condiciones permanentes; por qué se suceden constantemente los días y las noches, y las estaciones; por qué no se perturba á cada paso el orden del mundo? Aun cuando supongamos que por un momento ha llegado la casualidad á constituir un orden, ¿por qué le conserva? ¿cómo es que la misma no destruye su obra? Reflexiónese que el mundo no es un conjunto inmóvil, sino que está en perpétuo movimiento; siendo todo puramente casual, este movimiento debiera variar incesantemente el orden establecido: y se añaden absurdos sobre absurdos, diciendo que la constante repetición de los mismos fenómenos se hace por la misma casualidad á que se atribuye su origen.

CAPITULO IX.

Hipotesis de las fuerzas de la naturaleza.

28. Las fuerzas de la naturaleza constituyen otro efugio de los ateos: no pudiendo sostener que todo sea pura casualidad, acuden á una fuerza secreta que ha ido produciendo sucesivamente todos los fenómenos del universo. Ecsaminemos este sistema.

29. ¿Qué se entiende aquí por naturaleza? Si el conjunto de los seres que componen el mundo se cae en un círculo vicioso; decir que las fuerzas de este conjunto han producido el universo, equivale á decir que el mundo se ha producido á sí mismo. Si se entiende por naturaleza una fuerza secreta que á todo comunique movimiento y vida, preguntaremos si esta fuerza en sí misma es un ser viviente y dotado de inteligencia; en cuyo caso se viene á confesar la necesidad de un principio inteligente, en lo cual fundamos nosotros una demostración de la existencia de Dios. Si á esta fuerza se la supone ciega, y obrando por intrínseca necesidad, preguntaremos ¿por qué una fuerza ciega es capaz de guiar el universo en un orden tan admirable?

30. Se dirá tal vez que esto sucede así, porque es necesario; pero semejante respuesta, en vez de desatar el nudo, le corta; no resuelve la dificultad; salta por encima de ella. Afirmar que una cosa sucede porque es necesaria, equivale á no decir nada: precisamente lo que se busca es la naturaleza y la razón de esta necesidad. Nosotros sostenemos que el orden supone un ordenador; que la correspondencia de los medios con los fines requiere una inteligencia que la haya concebido y dispuesto; los ateos dicen: hay orden, pero sin ordenador; hay correspondencia de los medios con los fines, mas no una inteligencia que lo haya concebido y dispuesto: las cosas son así porque son necesarias, esto es, son así, porque han de ser así: ¡escelente discurso!

31. El sucesivo desarrollo de las fuerzas naturales produciendo nuevos seres en una gradación ascendente, es una ficción desmentida por la historia y por las ciencias naturales. Las especies se nos ofrecen como seres determinados, salidos enteros de la mano del Criador, sin que el tiempo, el clima

y otras circunstancias alcancen á otro cambio que al de modificaciones muy ligeras. Los que sostienen esa transformación continua, debieran mostrárnosla en alguna parte con documentos históricos ó en monumentos de la naturaleza. “La abeja, dice el sábio Wiseman, ha trabajado ardorosa é incesantemente en el arte de hacer sus sabrosos panales, desde los tiempos de Aristóteles; la hormiga no ha dejado de construir sus laberintos desde que Salomon recomendaba su ejemplo; pero desde que describieron á unas y otras el filósofo y el sábio, hasta las excelentes investigaciones de Hubers, estamos seguros de que no han adquirido ninguna nueva percepción, ni ningún órgano nuevo para mejorar sus obras. El Egipto, que, como observó muy bien la comisión de los naturalistas franceses, nos ha conservado un museo natural, no solo en sus pinturas, sino también en las momias de sus animales, nos presenta cada especie después de tres mil años enteramente idénticas con las de hoy.” (*Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión revelada*, disc. 3.)

CAPITULO X.

El panteísmo.

SECCION I.

IDEA DEL PANTEISMO.

32. El panteísmo no es mas que un ateísmo disfrazado. Afirmar que Dios es todo y que todo es Dios; que no ecsiste mas que una sustancia, y que todo cuanto vemos, aunque parezca múltiplo, es una manifestación de la misma; en esto consiste el panteísmo; y esto es negar la existencia de Dios. Porque si Dios se confunde con la naturaleza, si forma con esta una misma y sola sustancia, no hay Dios en el verdadero sentido de este nombre; hay la naturaleza, hay una fuerza secreta que se desenvuelve bajo diversas formas, mas no un ser inteligente, libre, todopoderoso, infinito, distinto del universo, que es lo que entendemos por la palabra Dios.

33. Es preciso que los jóvenes no se dejen alucinar por ciertos escritores que, enseñando el panteísmo, hablan sin embargo de Dios; este Dios de quien hablan es la sustancia que fingen única, en la que suponen que está todo, no como el efecto en su causa, sino como las modificaciones en el sugeto, como los fenómenos en el ser que los ofrece, como las formas en lo que se transforma. Libros se encuentran donde se prodigan á Spinoza los mayores elogios por haber perfeccionado la idea de Dios, como si el impio sistema de este filósofo no fuese una negación sistemática de Dios, como si no lo hubiesen comprendido así por la lectura de sus obras, los hombres mas ilustres de su tiempo.

34. El explicar las varias fases que ha presentado el panteísmo pertenece á la historia de la filosofía; así en la actualidad me ceñiré á combatirla en su doctrina fundamental que es la de la sustancia única.

SECCION II.

DOCTRINA DE SPINOSA. EL PANTEISMO ECSAMINADO EN LA REGION DE LAS IDEAS PURAS.

35. “Entiendo por sustancia, dice Spinoza, lo que es en sí, y se concibe por sí; esto es, aquello cuyo concepto no necesita del concepto de otro.”